

STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



BILZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Al final, todo arderá en llamas

Robert Brooks

Primera parte

Los ocupantes de las dos naves nodrizas estaban condenados.

Rohana y sus hermanas se encontraban a miles de millones de kilómetros de distancia, pero lo sabían tan bien como ellos. Intensas emociones emergieron de entre el caos. *Desesperación. Pánico.* Se suponía que esto no debía suceder. No era posible. «Este no puede ser nuestro destino», gritaron al unísono los corazones de los miembros de la tripulación. Rohana lo sintió en su interior.

Pero la gravedad los empujaba de forma implacable hacia la muerte. También pudo sentirlo.

La desgracia de las naves nodrizas había comenzado sin previo aviso. Un cristal khaydarin —la fuente de energía vital— se había fracturado, lo que anuló la propulsión de la nave. Debido a que la nave aún no se había puesto en órbita alrededor de la estrella de neutrones, se estaba precipitando hacia ella. El comandante de la otra nave nodriza había dado la orden de anclarse a ella, con la esperanza de que el empuje alejaría ambas naves de la estrella. Y funcionó. Juntas se habían desplazado hacia una órbita segura.

Esos momentos habían estado cargados de intensidad. *Orgullo. Euforia.* Los ochenta mil cuatrocientos sesenta y tres miembros de la tripulación compartieron las mismas emociones y celebraron el ingenio y la valentía de la segunda nave.

Hasta que ocurrió lo impensable.

El cristal de la segunda nave también se atenuó. *Miedo. Incredulidad.* Dos cristales khaydarin fallando a la vez era algo impensable. Se habían fabricado con una precisión infinitesimal. ¡Solo había fallado *uno* en todos los milenios que los primogénitos llevaban recorriendo las estrellas! ¿Y ahora dos? ¿A la vez? ¿En una órbita descendente?

El Khala transmitió esas emociones y muchas más. Las grandes conservadoras fueron testigo de todo.

—Jamás habíamos presenciado un desastre semejante —dijo Rohana.

Su hermana mayor asintió. —Una tragedia única. La tarea de dilucidar las causas de este accidente recaerá sobre nosotras —continuó Orlana.

La hermana menor negó con la cabeza. —¿Accidente? Diría más bien sabotaje —replicó Shantira.

—¿De dos naves? —preguntó Orlana.

—Precisamente por eso. Piensa en las probabilidades. Si ocurre una vez, puede ser un accidente. Si ocurre dos y en tan breve intervalo, puede ser intencionado.

Las tres se quedaron en silencio. Eran grandes conservadoras, y los tripulantes aún no habían muerto... Sus emociones revelarían la verdad. Las hermanas se sumergieron en lo más profundo del Khala, inspeccionado cada onda, cada corriente. No había ni un ápice de sombría satisfacción entre los tripulantes, ni una pizca de placer. Todas las almas a bordo luchaban por sobrevivir. La presencia de un saboteador sin duda habría destacado entre el resto.

Shantira tuvo que rendirse a la evidencia. —No fue un sabotaje —concluyó.

El impulso atrajo ambas naves hacia la estrella de neutrones. *Determinación. Frustración.* No podía terminar de esta manera. No lo haría. Tenía que haber una solución. Los tripulantes corretearon de forma desesperada durante horas. Pero todo fue en vano. La gravedad era despiadada. La temperatura comenzó a elevarse a medida que los disipadores de calor de la nave se sobrecargaban. Las alas refulgían a causa de la radiación de la estrella. Pronto los escudos fallarían y los tripulantes sufrirían una muerte agónica.

Una oleada de nuevas emociones recorrió las naves. Comenzó en un forjador de fase y se extendió hasta el Khala como un reguero de pólvora. *Terror. Desesperación.* Se había descubierto el problema: un nimio detalle, un pequeño fallo en el modo en que la energía sobrante se expulsaba entre las alas de la nave nodriza durante las maniobras bajo una gravedad inusualmente alta. Uno de estos pulsos había vuelto al

cristal y lo había destruido. Cuando la segunda nave se ancló a la primera, el mismo defecto destruyó también su cristal.

No había sido un sabotaje, sino una probabilidad de una entre mil millones en el peor momento posible, en órbita alrededor de una estrella de neutrones desconocida. Solo allí, junto a un pozo gravitatorio tan fuerte, ese fallo podía resultar letal.

Ya no había ninguna duda, ni siquiera entre los tripulantes más positivos, de que el desenlace sería fatal. No había ninguna otra nave protoss cerca. La red de teletransporte del Imperio no se extendía hasta este sistema inexplorado. La estrella los devoraría a todos.

Ira. Rabia. Muchos de los que estaban a bordo habían soñado con una muerte gloriosa en el campo de batalla, no con *esto*: un final absurdo provocado por un accidente.

—¿No hay nada más que podamos hacer? —preguntó Rohana. Era experta en cuestiones militares, no en física. Quería un consenso. Sus hermanas lo entendieron.

Shantira ya había estado haciendo cálculos, ayudándose de forma inconsciente con los dedos, con los que dibujaba cifras en el aire. Por fin dejó caer la mano. —Han cruzado el punto de no retorno. No tienen escapatoria —dijo.

—Ninguna —asintió Orlana. Estaba estudiando las emociones de los líderes de las naves; habían renunciado a toda esperanza.

La ira solo duró unos instantes. A todos los protoss, sin importar su casta, se les adiestraba controlar sus emociones en momentos de tensión. Sin autocontrol, el Khala podía volverse indisciplinado. Incluso ante una muerte certera, no renunciarían a su honor y su herencia. La ira de los tripulantes no tardó en aplacarse. Pero ninguna otra emoción vino a sustituirla.

—Ahí está. —Los ojos de Rohana se abrieron como platos.

Miró a sus hermanas. Ellas también lo habían sentido.

—La emoción final —dijo Orlana.

Las hermanas la identificaron antes que la tripulación. La semilla de esta emoción emitió un pulso dentro del Khala, a mucha mayor profundidad de lo que cualquier protoss podía llegar de forma consciente. Pocos lo intentarían. Aunque el Khala no era peligroso, sus corrientes eran muy fuertes. En sus profundidades

era difícil mantener la concentración y el equilibrio el tiempo suficiente para examinar cada pizca de emoción. Solo las mentes más fuertes podían hacerlo. La mayoría de los conservadores fracasaría.

Por eso las tres hermanas eran grandes conservadoras. Podían sentir lo que otros no podían.

Y lo que sintieron emergió borboteando desde el abismo y se propagó por ambas naves nodrizas en apenas unos segundos.

Aceptación. La emoción final.

Si el destino había decretado ese final, que así fuera. La ira era un sentimiento natural, pero había sido desechada. La emoción final llenó cada corazón como una marea creciente, y el Khala unió todos sus espíritus. Miles y miles de almas aceptaban su final a la vez, y la música de sus últimos momentos se elevó por el cosmos.

No solo llegó a oídos de Rohana y sus hermanas. Otros en Aiur también pudieron oírla. Millones de ellos se unieron y elevaron sus espíritus en solidaridad. En apenas unos instantes, todas las castas de Aiur se habían unido a las naves nodrizas y sus tripulantes. El glorioso coro se propagó a otros planetas. A otros sistemas. A la totalidad del Imperio.

Los tripulantes condenados sintieron sobre ellos las miradas de todos los primogénitos, y sus almas se elevaron aún más alto mientras se abandonaban a ese éxtasis.

Las hermanas lucharon por no unirse a ellos. Rohana temblaba a causa del esfuerzo. Ese día sería recordado durante milenios. No había nada tan puro ni hermoso como el rugido final de un primigenio. Y ahora el Imperio entero rugía al unísono...

La última vez que ocurrió algo parecido fue hace ocho siglos, en la Última Batalla de Khardalas, y antes de eso, en la Emboscada de Faranai, diez siglos atrás.

No. Ya habría tiempo más tarde para analizarlo. Ocho mil cuatrocientos sesenta y tres protoss estaban a punto de morir. Había que salvaguardar sus recuerdos. De esa forma, las grandes conservadoras experimentarían sus muertes. Todas y cada una de ellas.

—Esto no será fácil —dijo Orlana.

Rohana cerró los ojos. «Orlana tiene un talento especial para los eufemismos». Hacía generaciones que no se producía una pérdida de vidas tan elevada, y ya entonces, los conservadores solo habían logrado

salvar una parte de los recuerdos de los caídos. Eso no sucedería hoy. Pero el peso de la responsabilidad sería insoportable.

Le vino a la memoria uno de los recuerdos conservados: Había una tribu antigua que había capeado incontables temporales en las montañas de Aiur. Sus miembros habían aprendido a sobrevivir a huracanes en las mesetas expuestas, con vientos tan fuertes que podían arrancar los árboles de cuajo. Había mucho que aprender de este ejemplo. —*Doblaos ante el viento. Dejad que pase sobre vosotros y alrededor de vosotros* —dijo Rohana citando las palabras que un jefe tribal pronunció ante sus seguidores. No solo las palabras de ella, sino también las de él viajaron a través del Khala hasta las mentes de las otras grandes conservadoras—. *No dejéis que os quiebre.*

Rohana sintió que sus hermanas cedían. Seguirían su consejo.

Estaban flotando en círculo a un palmo del suelo, las piernas cruzadas, manteniéndose en el aire gracias al suave influjo del poder psiónico. Unieron sus manos. Abrieron sus mentes a los ochocientos mil cuatrocientos sesenta y tres individuos y trataron de aislarse del resto. Eso sería imposible, por supuesto.

Orlana apretó las manos de sus hermanas. —Allá van —dijo.

Los tripulantes comenzaron a morir.

Los forjadores de fase, expuestos de forma más directa a la radiación de la estrella de neutrones, murieron primero. No fue un final rápido. Pero lucharon contra el dolor y prestaron sus mentes a la canción del Khala todo el tiempo que pudieron antes de que la muerte pusiera fin a su sufrimiento. Los conocimientos técnicos de los forjadores de fase, su maestría, el mismísimo latir de sus corazones, desde el primero hasta el último, fueron transmitidos a Rohana, Orlana y Shantira.

Conservados para la eternidad.

El resto de miembros de la tripulación no duró mucho más. Todos perecían a la vez en ambas naves. La fuerza de sus recuerdos se abatió sobre las tres hermanas en forma de aplastantes oleadas.

Rohana sintió como si su mente estuviera en medio de una tempestad. No opuso resistencia. Gotas de sudor le corrían por la espalda. Cada vez que una de las hermanas perdía la concentración, las otras dos le servían de sostén mientras esta recuperaba la compostura. Vidas enteras pasaron a través de la mente de Rohana. Se aferró a todas, aun cuando la canción de la gloria y la agonía de miles de muertes la zarandeaba de arriba abajo.

Pero se dobló ante el viento. No se quebró. Como tampoco lo hicieron sus hermanas.

«Este había vivido toda su vida en Aiur... Este había superado una herida incapacitante en el planeta Zhakul y había escapado de una erupción volcánica... Esta había construido un nuevo tipo de lanzador de portanaves, y estaba empezando a trabajar en una nueva expansión de la red de teletransporte...».

El fuego extinguió toda vida en un único y explosivo instante.

Y cada alma —sí, *todas* ellas— habían sido conservadas.

Todo había terminado. Una oleada de alivio embargó a las tres hermanas. Orlana se inclinó hacia atrás y sus pies golpearon el suelo. Rohana y Shantira la sujetaron para evitar que se derrumbara por completo. Pronto se recuperó. Se elevó de nuevo en el aire.

—Gracias —dijo Orlana.

La canción del Khala continuaba. El Imperio había sentido la *aceptación* de la tripulación. Solo Orlana, Rohana y Shantira habían experimentado las ochocientas mil cuatrocientas y sesenta y tres muertes. Incluso los miembros de la tripulación solo lo habían experimentado una vez.

Las hermanas permanecieron allí juntas hasta que el dolor se desvaneció. Tardó un tiempo.

—Se quemaron vivos —dijo Rohana. Estaba llorando. Todas lo estaban.

Orlana le apretó la mano. —Lo sé.

—Ningún primogénito debería morir de esa forma.

—No. —Shantira se estremeció.

—Tenemos sus recuerdos. Aprenderemos mucho de ellos. —Rohana dudó. Tendrían que revivir esas muertes muchas veces. Pero ese era su deber. No dejarían de cumplirlo por desagradable que fuera.

—Esta tragedia no fue causada por la malicia ni la estupidez, sino por las circunstancias. Este es nuestro nuevo deber, hermanas. Contaremos al Imperio la forma de evitar que esto vuelva a suceder.

—Solucionarán el defecto de las naves nodrizas. No nos necesitan para eso —espetó Shantira.

—En efecto. No para eso —respondió Rohana.

Orlana parpadeó. Comprendía la intención de Rohana. —Un defecto oculto acabó con algo muy poderoso. Quieres encontrar una solución a *todos* los defectos ocultos.

—Puede que el próximo desastre imprevisto no solo provoque la destrucción de un par de naves —dijo Rohana—. Hoy hemos perdido exploradores. La próxima vez podría ser una colonia completa. O una flota de guerra. Imaginad lo que pasaría. Podría ser el mismísimo fin de Aiur.

—Eso nunca ocurrirá —dijo Orlana.

—Pero ves a qué me refiero.

Shantira estaba empezando a comprender, aunque aún dudaba. —Es imposible prepararse para *todos* los desastres posibles —dijo con cautela—. Todo progreso da lugar a errores. A veces se pierden vidas. Es lamentable, pero previsible. Si reprimimos la innovación por miedo a lo que *podría* pasar, podríamos fomentar el estancamiento.

—No estoy sugiriendo que podamos impedir todas las muertes. Solo digo que cada muerte es una lección. No solo las muertes de hoy. Todas ellas. Tenemos los recuerdos de cada primogénito que ha vivido desde que terminó el Eón de Contienda —replicó Rohana—. Extraeremos patrones; encontraremos puntos ciegos, tanto en esas vidas pasadas como en las nuestras; miraremos al futuro con los ojos bien abiertos; observaremos lo que hace que nuestro Imperio sea vulnerable y lo corregiremos.

Las dudas de su hermana se disiparon. Surgieron nuevas emociones. Emociones complejas llenas de *determinación*. Todas vibraban con la agonía de la tragedia de ese día. Era un dolor que no se podía soportar. Las empujaba a actuar.

—Lo haremos —dijo Orlana.

Shantira enmudeció. —Tratar al azar como enemigo. Es algo que jamás se ha hecho, nunca antes en nuestra historia. —Su humor cambió a una especie de sombría satisfacción. —¡Y qué legado dejaríamos si consiguiéramos derrotarlo!

Segunda parte

Había llevado largo tiempo construirlo y perfeccionarlo. Ahora, por fin, estaba terminado.

Orlana guiaba la marcha hacia el puente de la nave, tan emocionada que dejó de levitar y corrió con sus propias piernas. Probablemente no había tocado el suelo desde el desastre de las naves nodrizas, muchos siglos atrás.

—Increíble —murmuró. Sus sentimientos reflejaban los de sus hermanas. Agitó los brazos por encima de la cabeza sin decir palabra, como diciendo: «Mirad todo esto».

Era la primera de su clase: la primera nave arca.

—¡Qué legado dejaríamos! —pronunció suavemente Shantira.

El nombre evocaba tiempos pasados en los que los primogénitos primitivos aún usaban las manos para trabajar la tierra y cazar. Aquellos que navegaron por los océanos de Aiur milenios atrás habían aprendido a respetar los vientos y los mares. Todo podía cambiar en minutos, y las naves pequeñas salían mal paradas en las tormentas. Esas tribus habían construido naves más grandes o arcas, refugios flotantes en los que podían huir cuando soplaban los vientos oscuros.

«Y así será de nuevo», pensó Rohana. Con esta nueva clase de arca, los protoss no tendrían que temer nunca más los vientos oscuros. Jamás. Y no solo por su armamento, aunque era considerable, ni por sus avances tecnológicos, que no tenían precedentes...

Un arca con la tripulación completa podría librar una guerra sin apoyo. Podría evacuar una colonia entera —un *sistema* entero repleto de colonias y puestos de avanzada— gracias a sus enormes salas llenas de cápsulas de estasis. Podría quedarse sin energía e ir a la deriva durante siglos sin que ninguno de sus tripulantes pereciera. El arca tenía veintenas de kilómetros de largo y docenas de kilómetros de ancho en su parte posterior, pero aun así era ágil. Podía fabricar un escuadrón de exploradores al día, coordinar una interminable batalla espacial y teletransportar civiles a un lugar seguro, todo al mismo tiempo. Todo sistema poseía redundancias. Se había concebido y diseñado como una solución... *la solución* a cualquier desastre imaginable o guerra previsible. El Cónclave había visto la idoneidad de semejante solución y había centrado todos los esfuerzos del Imperio de los primogénitos en hacerla realidad.

La alegría de Orlana siguió aumentando y vibrando a través del Khala. Siempre había sentido un interés especial por la arquitectura. —Llevabas razón, Rohana —dijo—. Las paredes, creía que serían un estorbo, ¡pero mira!

En el puente, las paredes estaban hechas de energía pura esculpida. Invisible. El comandante de la nave tendría una vista panorámica del campo de batalla. A su alrededor podían verse las luces de Aiur extendiéndose hasta el horizonte, y sobre sus cabezas, las estrellas centelleantes.

—Es maravilloso.

¿Cuántas batallas perdidas de la historia se habrían ganado si el líder del ejército hubiera tenido un conocimiento de primera mano del campo de batalla? «Es probable que casi todas. Los comandantes sabios confirman visualmente lo que sus subordinados sospechan». El Khala solo transmitía emociones. Un guerrero inexperto podía juzgar una batalla de forma errónea.

—El crédito le corresponde a tu hermana menor, no a mí —dijo Rohana—. Sin ella, los forjadores de fase jamás habrían terminado esto.

Rohana sintió las tranquilas emociones de Shantira. *Orgullo. Satisfacción.* La tecnología que había hecho posible esta nave era sin duda obra suya. Los trabajadores khalai sabían más de ingeniería que ella, pero Rohana poseía los recuerdos de generaciones enteras de maestros, así como una gran comprensión de la física que le permitía poner a prueba las ideas de los khalai. Si querían tener éxito, debían colaborar con ella. Les haría ganarse la gloria.

Un miembro del Cónclave se acercó a las tres hermanas, un judicator llamado Mardonis. —¿Nos acompañáis abajo para la inauguración? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Rohana. Era un momento histórico. Las grandes conservadoras tenían el deber de presenciarlo.

Mardonis las condujo desde el puente hasta el interior de la nave arca. Él caminaba y ellas lo seguían. Después de muchos kilómetros de corredores, llegaron a un núcleo que albergaba unos pocos paneles de control y una esfera gigantesca que se cernía sobre el grupo. Incluso aquí, en el centro de la nave, se podían ver las estrellas brillando sobre Aiur. Pero esas estrellas no tenían ningún interés para las grandes conservadoras ni para Mardonis, ni para el resto del Cónclave, ni para los maestros forjadores de fase, ni para el guerrero solitario que estaba de pie en medio.

Esas estrellas estaban muy lejos.

Y una estrella estaba a punto de nacer justo aquí.

Mardonis hizo un gesto al guerrero. —Adun, ¿nos haces el honor? —preguntó.

Adun presionó un puño contra el pecho. —Gracias, judicator.

Se dirigió hacia los forjadores de fase. Uno de ellos le entregó un bloque irregular de solarita. Rohana entrecerró los ojos. Estaban dejando que manejara esa sustancia volátil con demasiada despreocupación. Recordaba docenas de casos en los que eso había terminado de forma desastrosa.

«Al menos dieciocho naves espaciales han resultado destruidas debido a las bengalas de solarita... Hace ocho siglos, una aldea entera fue reducida a cenizas...».

Shantira le tocó el hombro. Rohana rechazó tanto su mano como su intento de tranquilizarla a través del Khala. —Esto es absurdo —le dijo Rohana en voz baja.

—La solarita solo se vuelve inestable cuando se agita con demasiada fuerza —replicó Shantira—. Y solo algunas veces. Digamos que una de cada cinco veces.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Piénsalo de esta forma —dijo Orlana con un toque de humor en la mirada—. Si explota, moriremos rápidamente y sin sufrir. Puede que terminemos nuestros días con elegancia.

Rohana no dijo nada, pero se sentía de mejor humor.

Adun se merecía este honor, por supuesto. Pocos comandantes con vida habían demostrado un uso tan inteligente de las tácticas militares como él. Pero los sentimientos de Rohana no reflejaban los de sus hermanas.

Ellas sentían respeto y admiración por él. Rohana albergaba ciertas sospechas. Era posible que los comandantes fueran *demasiado* listos. «Los líderes ingeniosos mueren cuando su suerte se acaba», se dijo. Por ejemplo, un comandante con una gran inventiva había intentado una vez usar su propia nave para alejar una nave nodriza moribunda de una estrella de neutrones. Una idea brillante que fracasó por un defecto oculto.

Ese recuerdo seguía incomodándola. Qué extraño. La solución estaba aquí. Sus dudas tendrían que haberse desvanecido. Dejó a un lado sus emociones. No serviría de nada dejar que sus dudas importunaran a nadie más.

Adun colocó la solarita en la base de la enorme esfera. Dio un paso atrás.

La solarita brilló. Después, la gran esfera sobre ella también brilló. Con un gran estrépito, el núcleo solar cobró vida y, a continuación, emitió un suave zumbido amortiguado. Su cáscara contenía un calor y una luz de un brillo inconcebibles. El arca comenzó a temblar. Y después a moverse. Se elevó hasta abandonar la atmósfera de Aiur con tanta facilidad que resultaba inverosímil. A pesar de su tamaño, en pocos minutos había alcanzado una órbita estable.

Tal era el poder del núcleo solar. Una estrella sintética. El uso de su energía sustentaría las operaciones de esta nave, así como a los miles y miles de soldados y tripulantes que vivirían algún día en ella, durante un número incalculable de años.

La nave arca era una auténtica maravilla. Mardonis bautizó la nave con el nombre *Lanza de Adun*.

Al término de la ceremonia, Adun fue teletransportado de vuelta a su flota. El Cónclave se quedó atrás para hablar con las grandes conservadoras.

—Tenemos desacuerdos y necesitamos vuestro consejo —dijo Mardonis.

Todos habían regresado al puente de la nave. Ahora que estaban en órbita, parecía como si Aiur girara lentamente sobre sus cabezas.

—Esta nave arca era todo lo que queráis, ¿no? Un baluarte contra los desastres imprevistos.

Orlana habló con confianza por sus hermanas. —Sin duda, Judicator.

—Ya hemos comenzado la construcción de otras dos. ¿Y después qué? —preguntó Mardonis—. ¿Cuántas más necesitaremos?

Rohana parpadeó. *Sorpresa. Confusión*. —No entiendo.

Mardonis se explicó. La construcción de cada nave arca requería una asombrosa cantidad de recursos, tantos que otros esfuerzos, como la colonización de nuevos sistemas estelares, estaban sufriendo retrasos.

—La *Lanza de Adun* es capaz de librar una guerra entera a solas, incluso contra un enemigo a nuestra altura —dijo Mardonis extendiendo sus brazos—. No tenemos enemigos No hay nadie que pueda desafiar a los primogénitos.

—Ni hoy, ni el año que viene, ni el próximo siglo— Rohana comenzó a invocar los recuerdos del pasado. Dejó que unos pocos recuerdos selectos fluyeran a través del Khala hasta Mardonis para que este comprendiera lo que quería decir—. La mayor amenaza para un poder inconmensurable es un ataque imprevisto. Como has dicho, la *Lanza de Adun* es nuestro baluarte frente al desastre. Pero no puede estar en todas partes a la vez. Más naves arca significarán más seguridad. Tres está bien. Más sería aún mejor.

La sorprendió sentir que sus hermanas no estaban de acuerdo con ella. Se giró hacia ellas. —¿Tenemos una perspectiva distinta?

Shantira ladeó la cabeza.

—Hablas de guerras de hace milenios, Rohana. Ellos hablan de algo más insidioso: agotamiento. ¿Deberíamos gastar tantos recursos en esto...?

—Nuestro Imperio posee muchos recursos.

—Para hoy. Para el año que viene. Para el próximo siglo. —La suave voz de Shantira hacía que la reprimenda sonara menos dura. O eso parecía. —Si un día se agotaran los recursos, una flota de naves arca no nos salvaría. Necesitaríamos colonias para aprovisionarnos. La potencia de fuego tiene sus límites, al igual que nuestra red de teletransporte. Más colonias significaría mayores posibilidades de escape cuando llegase el momento.

Orlana alzó su brazo.

—Debe de haber un equilibrio. El Cónclave ha planteado una pregunta de difícil respuesta. Debemos retirarnos y debatirla. Nos llevará un tiempo —advirtió a Mardonis.

El Judicator hizo un gesto de aprobación.

—Nuestro Imperio puede construir esas dos otras naves arca sin demasiado esfuerzo. Solo necesitamos saber si debemos construir más. Dispondréis de todo el tiempo que os haga falta.

—Entonces seremos meticulosas —respondió Orlana.

—Sí —asintió Rohana. Esa pequeña duda, ese recelo, aún no había desaparecido. Quizás esta tarea fuera lo que necesitaba para despejarla.

Tercera parte

Los años pasaron. Las grandes conservadoras estudiaron sus recuerdos. La cuestión de las naves arca tenía muchos matices. Ningún instante único de la historia la resolvería. Revivieron guerras, desastres, descubrimientos, cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz.

Al principio Rohana había tenido la certeza de que los primogénitos debían construir todas las arcas que pudieran. De esa forma, incluso la destrucción total de un arca no tendría efecto alguno sobre la supervivencia de los protoss. Ahora no estaba tan segura. Había demasiados recuerdos de líderes insensatos que habían gastado recursos de forma imprudente y que habían pagado caro sus errores.

Y luego estaba el aspecto práctico: después de más de un siglo, la *Lanza de Adun* todavía no había entrado en combate. Ni siquiera una sola vez. Pasaba su tiempo escoltando a los colonos hasta nuevos planetas. El arca era increíblemente útil en ese aspecto. ¿Pero para qué construir más y más armas si no quedaba nada por lo que luchar? Quizás tres naves arca fueran suficientes. O quizás no.

Aún no tenía una respuesta.

Pero la pregunta no la obsesionaba, ni tampoco a sus hermanas. Eran grandes conservadoras. Tenían alumnos a los que enseñar. Recuerdos que conservar.

Y consejos que dar.

* * *

Orlana no hizo intento alguno de disimular su consternación.

—Tu plan es ridículo y lo único que conseguirás es que tus subordinados mueran —dijo bruscamente.

El líder de la colonia gesticulaba como un loco mientras hablaba.

—Ninguno de nosotros teme a la muerte, y creemos que funcionará —respondió. *Determinación. Obstinación.* Una peligrosa combinación de emociones cuando había vidas en juego—. La temperatura en ese planeta no es tan baja. ¡En ocasiones ha alcanzado 1,3 grados!

Quería decir 1,3 grados por encima del cero absoluto. Ni siquiera en el vacío del espacio hacía tanto frío.

—Vuestro equipo fallará y os congelaréis —advirtió Orlana—. Pero incluso si no lo hacéis, estáis destinados a una muerte prematura.

—¿Por qué?

Invocó un recuerdo y lo canalizó hasta el Khala para que el líder de la colonia pudiera experimentarlo.

«El gran explorador fue el primero en escalar el pico más alto de Aiur y también el primero en trazar un mapa de sus océanos. Poseía en su interior una sed insaciable de ver lo desconocido, de explorar lo ignoto. Pero siempre viajaba a solas. Insistía en ello. Sabía que algún día se enfrentaría a un desafío que no podría superar, y se negaba a condenar a muerte a cualquiera que lo acompañara. Y fue en el interior de las cuevas de los Picos Medianos donde se enfrentó a su final, cuando un temblor liberó incontables toneladas de roca que cayeron sobre él y lo mataron al instante».

—Tu ambición jamás se saciará —aseguró Orlana. Te empujará a asumir cada vez más riesgos. No es algo inmoral. Los primogénitos honran a los que tienen tu espíritu. Al poner a prueba tus límites, demuestras a un Imperio entero lo que es posible. Pero aún no entiendes que se trata de un camino que debes recorrer a solas. —Envió algunos recuerdos más al Khala de otros exploradores que habían muerto mientras viajaban rumbo a lo desconocido. —Ve a ese planeta si así lo deseas. Deja que tus seguidores te observen mientras orbitan el mundo de forma segura. No los obligues a compartir el riesgo. El orgullo y el respeto los empujarán a acompañarte si se lo pides. No lo hagas.

El líder de la colonia estaba conmovido, pero no desistió.

—No todo el mundo debe morir en combate, Gran Conservadora. Si ha de llegarme el fin en una nueva frontera, que así sea. Mis seguidores comparten mi creencia.

Orlana no cedió.

—¿En serio? Puedo sentirlos cerca. Admiran tus convicciones, pero no las comparten. Te siguen porque buscan la gloria. No entienden verdaderamente los riesgos a los que se enfrentan a tu lado.

—Reflexionaré sobre tu consejo —se despidió el líder de la colonia, dándole las gracias.

Orlana sabía que no cambiaría de opinión, y también que el líder no tenía obligación de obedecerla. Era libre de ignorar su consejo.

Un año más tarde, sintió como esas dieciocho almas se embarcaban en su expedición. Aterrizaron sobre ese planeta errante helado y desolado. Doce días más tarde, su equipo falló.

Con gran tristeza, ella conservó sus recuerdos. Otra historia con moraleja.

—Siempre habrá gente que siga a los insensatos —Orlana dijo de forma tajante a sus hermanas—. Y siempre habrá insensatos dispuestos a guiarlos.

La idea la inquietaba, pero aún no sabía bien por qué.

* * *

El maestro templario de entrenamiento se acercó a ellas y se arrodilló. Estaba temblando. Su mente y sus emociones eran presa de una gran agitación. —Presiento cambios —dijo—, y temo que traigan consigo nuestro fin.

Los protoss se habían consagrado generación tras generación a los rigores del entrenamiento de guerra ponían a prueba la aptitud para el combate de los templarios desde temprana edad. Aquellos que tenían inclinaciones espirituales eran adiestrados por el alto templario en el uso de la guerra psiónica. Aquellos mejor dotados físicamente aprendían el arte de la espada y las danzas de guerra.

Ahora algunos sugerían que ambas escuelas de entrenamiento debían combinarse. Los fanáticos guerreros dominarían el poder psiónico de formas más etéreas. El alto templario se adentraría en el campo de batalla tras ser adiestrado en el combate cuerpo a cuerpo. Quizás algún día las diferencias entre ellos desaparecerían por completo. Solo existiría un tipo de entrenamiento marcial.

El maestro rechazaba esta idea. Pero tras décadas de discusiones con filósofos y jóvenes prodigios, su voluntad se había debilitado.

—Guerras diferentes requerirán tácticas diferentes —dijo abatido—. Puede que me equivoque. Tengo el poder de rechazar el cambio, pero si me equivoco al hacerlo, condenaré a nuestros guerreros a la obsolescencia. Estarán mal preparados para librar las guerras del futuro.

Las tres hermanas asistían a la conversación, y las tres llegaron rápidamente a la misma conclusión.

—Gran maestro —dijo Rohana—, no cedas.

Alzó la vista.

Rohana no solo le mostró un recuerdo, sino docenas de ellos. Batallas. Fanáticos que destacaban en el combate. Un alto templario que cambió la suerte de la batalla en un instante.

—Mira cómo se mueven, cómo piensan— dijo Rohana—. Mira su concentración. Conseguían la victoria en circunstancias imposibles porque eran maestros de sus dones. No malgastaban su entrenamiento esforzándose por aprender técnicas poco adecuadas. Eran adiestrados para refinar al máximo su destreza y rabia fanática de acuerdo con sus talentos y aptitudes naturales. Alcanzaban ese nivel gracias a maestros como tú. Sin duda, las guerras traen consigo nuevas tácticas. Pero solo los guerreros altamente entrenados se adaptan a ellas. Solo aquellos que conocen su propio potencial saben cómo emplearlo.

—Y lo que es más importante —añadió Orlana—. Nosotros, los primogénitos, nos asentamos sobre nuestras tradiciones de la misma forma en que un edificio se asienta sobre sus cimientos. Su olvido equivaldría a un colapso seguro.

Rohana asintió. Un dicho de un antiguo poeta pasó por su cabeza. Compartió el recuerdo con todos ellos. —«No es el viento lo que hace caer el árbol, sino la descomposición invisible que devora sus raíces» — recitó.

—Ajá. Entiendo. —La tristeza del maestro se desvaneció. En su lugar, sintió con alivio. —Os doy las gracias, grandes conservadoras.

Rohana sintió que el maestro volvía a sus quehaceres. Esas nuevas filosofías eran un desafío constante para él, pero aun así se mantenía firme. Su lealtad hacia la tradición jamás flaqueaba.

—Todos los primogénitos podrían aprender de su ejemplo —dijo a sus hermanas.

Pero sentía preocupación. No siempre costarles caro.

* * *

Shantira se comunicó con una docena de forjadores de fase durante más de un mes. Se sentaron delante de ella, sumergiéndose absortos en sus interminables recuerdos de maestros antiguos. No había ninguna gran crisis que resolver. Simplemente, les gustaba aprender. Y a Shantira le encantaba enseñar.

Rohana y Orlana la dejaron en paz. Pero Shantira se quedó un tanto preocupada tras la marcha de los forjadores de fase.

—Puede que hayan dado con la respuesta a nuestra pregunta sobre las arcas —dijo.

Eso atrajo la atención de sus hermanas. Se aislaron de sus peticionarios.

—Habla, hermana. Te escuchamos —dijo Rohana.

Shantira trató de ordenar sus pensamientos. Era evidente que estaba frustrada.

—La respuesta estaba ahí. Lo sé. ¿Por qué no consigo alcanzarla?

Alzo la vista con desesperación.

—Tenía la respuesta, y ahora la he perdido. No lo entiendo.

—Comienza desde el principio —le rogó Orlana—. Te ayudaremos a encontrarla.

Los forjadores de fase se habían visto atraídos por los recuerdos de los legendarios inventores de la casta khalai. Ciertos avances habían sido posibles solo gracias a que mentes más elevadas se habían atrevido a cuestionar la sabiduría convencional. Eso había sucedido recientemente: un forjador de fase que aún vivía había desarrollado un sistema rápido de teletransporte para naves nodrizas. Esta original técnica permitía que la nave nodriza «invocara en masa» a las fuerzas cercanas y las pusiera a salvo, escapando así al instante de situaciones letales. Eliminaba de un plumazo el peligro de que se repitiera un incidente como el que se había cobrado dos naves nodrizas casi once siglos atrás.

Shantira interrumpió su explicación. Se hizo el silencio. Su frustración creció de nuevo.

—Está aquí. Hay algo aquí nadando en el Khala y *no consigo encontrarlo*. ¿Por qué la respuesta me elude *intencionadamente*?

Por supuesto, no era el caso.

—La destrucción de esas naves nodrizas fue un momento caótico. Es difícil analizar tantos recuerdos rápidamente —dijo Orlana.

—No es eso. —Shantira hizo una mueca—. Es como si hubiera una criatura dentro del Khala que no quiere que conozca la respuesta.

Todas sabían que no existía semejante criatura, pero eso era irrelevante.

—¿Dónde está la mentira, Shantira? ¿En los recuerdos de los tripulantes de la nave nodriza o en un pasado aún más lejano? —preguntó Rohana.

—En un pasado más lejano. Mucho más lejano. —Sus ojos se abrieron de repente—. Khas. Eso es. El gran Khas.

Era un nombre que todos los protoss conocían. Khas, aquel que unió por primera vez a las tribus en guerra vinculándolas a través del Khala. Sin él, la raza entera se habría destruido a sí misma en una guerra civil.

—¿Por qué buscaban los forjadores de fase los recuerdos de Khas? —preguntó Orlana.

—Él fue el primer y más duradero ejemplo de una mente elevada —respondió Shantira—. Vio una opción que nadie más había imaginado. Y de ese modo unificó nuestras emociones. Esa previsión es el rasgo que dio lugar a nuestros mayores descubrimientos y nos permitió viajar a las estrellas.

Su frustración vaciló y después se disipó.

—Esta es la respuesta. Hemos estado discutiendo sobre la necesidad de las naves arca para impedir la tragedia. Eso no es para lo que fueron creadas. No es así como Khas habría pensado. Khas no *impidió* la guerra civil, sino que permitió que sobreviviéramos a nuestra barbarie.

Las emociones de Orlana se enfriaron.

—Siempre habrá gente que siga a los insensatos —murmuró.

Rohana se volvió contra ella.

—Espero que no estés llamando insensato a Khas.

—No —dijo de forma brusca—. Él fue el único que no lo era. Hay algo que ocupa mis pensamientos desde hace años, hermanas. Un concepto sencillo: los primogénitos no son inmunes a las malas decisiones.

Orlana desechó la respuesta que sabía que se avecinaba. No era precisamente una revelación profunda; si los protoss no cometieran errores, no habría necesidad de grandes conservadores.

—Cuando mencionaste a Khas, solo pude pensar en lo que se vio obligado a enfrentar. —Cerró los ojos.

—Una guerra iniciada por necios que se creían sabios. Creían que sus razones eran justas y condujeron a los suyos al matadero. Hacía falta un punto de vista radical para ver la verdad, y el Khala nos unió de una forma que ni siquiera un necio podía estropear. Llevas razón, Shantira. Hemos adoptado un enfoque equivocado en torno a la cuestión de las arcas.

Shantira se estaba echando atrás. Sentía claramente que esto era un salto de lógica.

—La guerra civil es improbable en esta época. Pero me estremezco al pensar en lo que ocurriría si las arcas se vieran involucradas.

Era un pensamiento verdaderamente aterrador.

—Orlana, no es eso lo que quieres decir, ¿no? —preguntó Rohana.

La incertidumbre se abrió paso entre las emociones de Orlana, no por su idea, sino por su percepción de los suyos.

—No puedo imaginar que los primogénitos se dividan de nuevo. Pero a lo largo de los siglos hemos visto cosas inquietantes, ¿no? Hemos estado pensando en las naves arca como en un baluarte contra los pequeños defectos.

—El desastre de las naves nodrizas —recordó Shantira.

—Sí. *Eso* es lo que temíamos. Un pequeño defecto capaz de destruir algo poderoso. Pero el Eón de Contienda no fue resultado de un pequeño defecto. Surgió a raíz de interminables conflictos menores que incluso obligaron a los Xel'Naga a abandonarnos.

Rohana vio adonde se dirigía Orlana y se sintió enferma. «No es el viento lo que hace caer el árbol, sino la descomposición invisible que devora sus raíces». Se rebeló contra las implicaciones. Tenía que hacerlo.

—Los protoss han dejado todo eso atrás, Orlana. El Khala y nuestras tradiciones jamás dejarán que nuestra arrogancia nos arrastre a semejantes profundidades. No es posible.

De pronto, Shantira irradió miedo.

—No, Rohana. No es solo posible: es seguro.

—¿Qué?

—En algún momento fallaremos. Lo haremos. Matemáticamente es irrefutable —dijo Shantira—. Soñamos con que el Imperio protoss durará toda la eternidad. Pero sabemos —y lo *sabemos*— que no podemos eliminar todos los defectos ocultos. Hemos estado pensando en la forma de enfrentarnos a las consecuencias de los desastres individuales. Pero no hemos pensado en la forma de enfrentarnos al día de la extinción de los primogénitos. Quizás lo provoquemos nosotros, o quizás lo haga el enemigo. Pero el día llegará.

El silencio reinó en la cámara durante largo tiempo. Cada hermana podía sentir el miedo y la duda en las emociones del resto.

Orlana habló primero. —Las arcas. Siguen siendo la solución.

—No estoy tan segura —replicó Shantira.

—Nos bastaría con un arca —siguió Orlana— para que nuestra civilización pudiera resistir a todo, incluso a la destrucción de todos los planetas de los primogénitos. Podría recorrer los espacios interestelares hasta encontrar un refugio en el que establecer nuestro nuevo hogar. No hemos considerado una situación tan catastrófica, pero el arca es más que capaz de hacer eso.

—Quizás —respondió Shantira sin convicción.

Rohana las escuchaba mientras luchaba contra las emociones que surgían en su interior. *Determinación. Frustración.* Pensar en la extinción como una certeza era irritante. «Debe de haber otra solución», pensó. «Este no puede ser nuestro destino».

Con un sobresalto se dio cuenta: «Eso es justo lo que pensaron los tripulantes de las naves nodrizas».

Una nueva emoción, *desesperación*, la embargó de forma tan repentina que las hermanas enmudecieron.

—¿Rohana? —preguntó Orlana suavemente—. ¿Qué ha ocurrido?

—Un momento, por favor —respondió Rohana—. Necesito un momento.

Esperaron. Rohana dejó de luchar contra sus emociones. Permitió que jugueteasen y crecieran dentro de ella. Sus hermanas estaban allí con ella, en el Khala, y su comprensión era como un soporte en medio de la confusión. Sobreviviría.

Pero no quería explicarlo. Acababa de idear una solución verdaderamente terrible, pero pronunciarla la haría responsable del desenlace. *Ira. Negación.* Tenía que haber otra forma.

No la había.

Rohana habló por fin.

—Hemos construido las naves arca demasiado pronto.

Sus hermanas la miraron esperando una explicación. Sintieron su angustia. Le molestaba tener que compartirla.

Rohana continuó.

—Llevas razón, Orlana. Una sola arca bastaría para que nuestra especie sobreviviera al fin de los tiempos. Pero ningún arca sobrevivirá, no importa cuántas construyamos —afirmó—. Cuando llegue el fin, ¿cuál será nuestra primera respuesta? Enviaremos un arca, todas las arcas que tengamos, para afrontarlo.

Rohana envió fugaces fragmentos de vidas pasadas a sus hermanas a través del Khala. Orgullosos guerreros que se enfrentaban a la muerte con valor. Todos ellos creían en la victoria a pesar de que se enfrentaban a adversidades insalvables. El orgullo era la mayor cualidad de los protoss y también su gran maldición.

—Los primogénitos no huirán jamás. Las arcas serán malgastadas porque los comandantes no contemplarán la posibilidad de una derrota hasta que sea demasiado tarde. *Hasta que la gravedad tenga un firme control y hayan cruzado el umbral.* Y cuando las arcas ardan en llamas, también lo harán las esperanzas de nuestra especie. Nuestra cultura, nuestro Imperio, nuestra gente... Todo arderá en llamas.

Shantira y Orlana reflexionaron sobre sus palabras. Rohana podía sentir las registrando sus recuerdos conservados en busca de algo que pudiera rebatirla. Deseó que tuvieran éxito.

Pero no fue así. Los protoss buscaban la gloria en la muerte cuando la victoria era imposible. Los primogénitos guerreros eran creyentes absolutos. En caso de que apareciera un enemigo indomable, nadie contemplaría la retirada en una nave arca, aun siendo la única opción.

—Rohana, puedo sentir tu angustia —dijo Orlana—. Tienes una solución en mente y te está causando dolor.

—Espero que haya otra forma —dijo Rohana, desesperada—. Espero, por todos nuestros antepasados, que encontréis un camino que no nos separe.

Sacudidas de sorpresa emanaron a través del Khala y aterrizaron sobre Rohana como golpes físicos.

—¿Qué podría separarnos? —preguntó Orlana.

Rohana se lo contó.

El análisis de su razonamiento les llevó días de discusiones y deliberaciones. Cuando hubieron terminado, solo quedaba una emoción. La emoción final.

Aceptación.

Cuarta parte

El Cónclave estaba impaciente. Después de tanto tiempo, escuchar por fin la respuesta a la pregunta de las naves arca sería una bendición. Pero las grandes conservadoras entraron en la cámara con aire sombrío. Su humor se contagió rápidamente a los presentes.

Y después las hermanas explicaron su razonamiento ilustrándolo con los recuerdos vívidos de otros.

—Son simples matemáticas y probabilidad —concluyó Shantira—. Llegará el día en que nada, ni siquiera un arca, pueda impedir la extinción.

Los miembros del Cónclave intercambiaron miradas. *Pánico. Aturdimiento.* Las emociones anteriores — *negación, obstinación*— habían sucumbido bajo el peso de incontables recuerdos conservados. Mardonis respondió por fin.

—Hay quien podría llamaros fatalistas —dijo.

—Sí, eso es justamente lo que somos en este momento —respondió Orlana sin alterarse.

Rohana hubo de contener un súbito ataque de regocijo. Esa emoción no era acorde con el tono de la reunión.

—Pero nuestras arcas son poderosas. ¿Por qué iban a fracasar? —preguntó Mardonis.

—Las desperdiciaremos —dijo Rohana—. Las usaríamos para prevenir tragedias a las que podemos sobrevivir. Podríamos sufrir la pérdida de mil naves nodrizas durante la exploración, y nuestra raza sobreviviría. Podríamos perder un millar de colonias y aún habría esperanza. Pero, como dijisteis hace mucho tiempo, esas arcas requieren una inversión extraordinaria. ¿Tenemos tres? Bien. Podemos conservarlas. Pero no necesitamos más.

Los miembros del Cónclave se quedaron con una de esas palabras: *conservar*. A nadie se le escapó el significado, no con tres grandes conservadoras de pie ante ellos.

—Tenéis un plan —dijo Mardonis.

—Así es.

—¿Conservar las arcas hasta el momento en que más las necesitemos?

—En efecto —respondió Rohana. —La *Lanza de Adun* no está destinada a seguir guiando a los colonos. Está destinada a alzarse cuando hayamos perdido toda esperanza, a transportar los vestigios de nuestras tradiciones y a contraatacar a lo que sea que quiera acabar con nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Mardonis.

—Debemos mantener las arcas a salvo. Deben ser accesibles. No debemos precipitarnos y lanzarlas antes de tiempo —dijo Rohana—. La solución más simple podría ser la mejor. Deberíamos enterrarlas con cuidado, e instalar mecanismos para enviarlas a las estrellas.

Los ancianos escucharon sus palabras. Ahora tenían que deliberar sobre ellas. Y lo hicieron repetidas veces en el transcurso de años y décadas. Las tres hermanas se prestaron a participar en todas las reuniones. Llevó mucho tiempo.

Al final, el Cónclave llegó a la misma conclusión que las grandes conservadoras. Y los ancianos ya habían comenzado a hacer planes.

—En esos días aciagos, necesitaremos un ejército. Podemos mantener a miles de soldados y tripulantes en estasis en esas naves —dijo un comandante alto templario. Hubo un murmullo generalizado de aprobación.

—Y también a nosotras —dijo Rohana.

Ahí estaba. Sus palabras silenciaron al Cónclave. El Khala vibró de sorpresa.

El umbral había sido traspasado. «ya no hay marcha atrás», se dijo.

—Hay tres arcas —explicó Orlana—. Y nosotras somos tres.

—Cuando llegue el momento, harán falta consejo y perspectiva —dijo Shantira.

—Y —añadió Rohana— debemos conservar nuestra historia y nuestro legado.

Un judicator anciano de mirada penetrante se levantó.

—Cuando llegue el fin, imagino que será... increíblemente caótico. Es improbable que todas las arcas sobrevivan. Y es improbable que las tres lleguéis a despertar —advirtió.

Orlana sacudió la cabeza.

—Sí, es improbable.

—¿Y eso no cambia nada?

—Nada en absoluto —respondió Rohana—. Nuestro deber es conservar. Estamos listas. ¿Y vosotros?

* * *

Las tres naves arca fueron enterradas en Aiur. Fue una tarea monumental. Nadie había tratado de excavar jamás fosas de docenas de kilómetros de profundidad. Pero lo consiguieron.

Ahora, tres ciudades diferentes de Aiur tenían enormes andamiajes de lanzamiento enterrados bajo el suelo. En caso de desastre, las arcas podrían abandonar rápidamente el planeta.

Habían tenido años para prepararse para la estasis. Las grandes conservadoras habían confiado sus propios recuerdos a otros conservadores para evitar pérdida alguna, incluso si ninguna de ellas despertaba. Las hermanas habían permanecido juntas casi todo ese tiempo.

Pero ahora había llegado el momento de separarse. Las arcas se apagaron, sus núcleos solares se atenuaron y solo las líneas de energía más débiles siguieron emitiendo pulsos a través de las salas de cápsulas de estasis.

Shantira entró en la *Orgullo de Altaris* sin mirar atrás. *Calma. Determinación. Aceptación.*

—Las cosas serán muy diferentes cuando despertemos —dijo.

Una hora más tarde, sucumbió a la estasis y desapareció del Khala.

Su ausencia desgarró el corazón de Rohana como si Shantira hubiera muerto. Orlana también sentía lo mismo.

—Ni siquiera tenemos el honor de conservar sus recuerdos —dijo con tristeza.

Un día después, Orlana llegó a la *Recuerdo de Nezin*. Se posó sobre el suelo y entró en su interior.

—Adiós, hermana —se despidió.

—Adiós.

Rohana permaneció inmóvil, ocultando sus emociones hasta que Orlana entró en estasis. Después, cayó de rodillas y lanzó un aullido a través del Khala.

Su dolor se abrió camino entre la tranquilidad de Aiur, horrorizando a todo el mundo. Como respuesta, recibió una oleada de comprensión, a pesar de que la población no sabía por qué lloraba. No sirvió de ayuda.

Los conservadores estudiaban el pasado, pero no podían adivinar el futuro. Entonces, ¿por qué a Rohana la consumía la certeza de que despertaría y sus hermanas no?

Imploró a sus antepasados con la esperanza de que la escucharan. «Dejad que muera yo, no ellas. Fue idea mía». Podría haberse precipitado a la estasis para hallar la paz en el sueño, pero no. Se negaba. Rohana no se escondería de su dolor; lo aceptaría de buen agrado. Cada cicatriz de su corazón sería un testamento a sus hermanas y al vínculo que compartían.

Si alguna vez despertaba, sería el fin de todas las cosas. Necesitaba estar preparada. Su mente se mantendría firme. Su propósito sería claro.

Cuando la agonía se desvaneció, solo quedó una última emoción. *Aceptación.*

Viajó sola hasta la *Lanza de Adun*. Todo estaba tranquilo. Cuando despertara —si es que lo hacía—, las cosas no serían así. Rohana levitó a través de la nave. Se detuvo unos instantes en las cámaras del consejo de guerra.

—*Ocurrirá aquí.*

Lo supo en ese momento. Aquí es donde el Comandante y ella se comunicarían para salvar a los suyos de la destrucción.

Rohana abandonó la zona del consejo de guerra y entró en las cámaras de estasis. En la oscuridad apenas podía discernir las miles y miles de cápsulas ocupadas. No les había costado encontrar voluntarios para el largo sueño. ¿Formar parte del último ejército de los primogénitos? ¿El último bastión de esperanza frente al desastre? La mayoría de los fanáticos solo podían soñar con semejante oportunidad. Incluso el maestro templario que había velado de forma diligente por el entrenamiento tradicional se había presentado voluntario, decidido a asegurarse de que los guerreros de los últimos días estuvieran preparados.

Rohana entró en su cápsula de estasis. La puerta se cerró tras ella. Una suave y fresca neblina llenó la cápsula y la mente de Rohana comenzó a divagar. Se preguntó quién comandaría a los protoss cuando despertara. Se preguntó si estarían a la altura del desafío.

«Si no lo están... yo me encargaré de que lo estén. Adiós, hermanas».